

La feria y Pueblo en vilo

La experiencia pueblerina

Álvaro Matute

Las relaciones entre los estudios históricos y la fabulación literaria son puestas en escena por el doctor Álvaro Matute en el diálogo entre La feria, donde Juan José Arreola retrata su natal Zapotlán en Jalisco, y Pueblo en vilo, en el que José Luis González hace lo propio con San José de Gracia, Michoacán. En palabras del autor de La historia como ideología, se trata de una "historiografía en la novela, creación literaria en la historia".

Entrada

Hace ya varias décadas tuve a bien fungir como *referee* en un encuentro sostenido entre mis amigos José María Muriá y Carlos Martínez Assad sobre cuestiones de historia regional. Deben de haber promediado los años ochenta. Frente a un grupo de alumnos convocado por Gloria Villegas, los dos disertaron sobre lo suyo. Mientras Muriá alegaba que para entender una región era mejor ser oriundo de ella, Martínez Assad sostenía que él había abordado el Tabasco garridista o después el San Luis cedillista, como un observador ajeno, tal como el maestro Ricardo Pozas Arciniega llevaba a sus alumnos de prácticas de campo al Valle del Mezquital. El uno ponderaba la comprensión cabal del espacio estudiado; el otro, la dosis mayor de objetividad, producto de la distancia, que demandaba el estudio. Si no hubo acuerdo entre sí, los alumnos presenciaron dos acercamientos válidos a la región, al espacio acotado no nacional, al mundo micro. Yo mismo encuentro virtudes en los dos

acercamientos; sin embargo, en esta ocasión me haré eco del son que dice: "para hablar de la Huasteca, hay que haber nacido allá".

Por otra parte, cuando a principios de 1969 elaboré una reseña radiofónica a *Pueblo en vilo*, mencioné *La feria* de Arreola, no sólo por aparecer citada en la bibliografía general de la *Microhistoria de San José de Gracia*, sino que, gracias a tener relativamente fresca la lectura de la saga de Zapotlán, aludí al hecho de que Juan José transcribiera literalmente fragmentos historiográficos ajenos a su pluma. De hecho, cuando narra la derrota de los constitucionalistas en la Cuesta de Sayula, reconocí dos párrafos de *Mis memorias de campaña*, del general Amado Aguirre, mi abuelo materno. Antes había detectado las palabras de algún cronista colonial que puede ser Tello, Ornelas o algún otro. Historiografía en la novela, creación literaria en la historia. Ha pasado medio siglo desde la aparición de *La feria* y cuarenta y cinco años de la de *Pueblo en vilo*. Conviene, pues, evocarlos desde la óptica de



Juan José Arreola

la experiencia pueblerina.

La idea está sustentada en una lectura heterodoxa de *La experiencia histórica sublime* de Frank Ankersmit,¹ sin duda una de las contribuciones recientes más notables dentro del campo de la teoría y filosofía de la Historia. No pretendo reducir a unos cuantos párrafos la riqueza del libro en cuestión. Me limitaré a exponer la manera interesante e inteligente como Ankersmit ejemplifica la idea de experiencia histórica sublime en el caso de su coterráneo Johan Huizinga, autor por cierto influyente en nuestro don Luis, a través del magisterio de Ramón Iglesia. Ankersmit muestra cómo Huizinga concibió *El otoño de la Edad Media*² tras la visita a una exposición de primitivos flamencos en Brujas, el año de 1902. Los cuadros de Van der Weyden, Campin, Van der Goes y los hermanos Van Eyck hicieron que Huizinga *tocara* el pasado, es decir, experimentara la sublimidad que lo colocaría en un momento del pasado, que al investigarlo y recrearlo denominaría *Herfsttij der Middeleeuwen*, con el que replanteó la concepción ya entonces algo mecánica de un renacimiento flamenco. La Edad Media todavía estaba presente. La sucesión temporal no se da mediante cortes tajantes, sino que va siendo. El otoño conserva algo del verano y avanza hacia el invierno. Cuando éste llega, la estación se afirma como tal. El caso es

¹ Frank Ankersmit, *La experiencia histórica sublime*, trad. del neerlandés de Nathalie Schwan, Universidad Iberoamericana, México, 2010, 415 pp.

² Johan Huizinga, *El otoño de la Edad Media. Estudios sobre las formas de la vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y los Países Bajos*, trad. del alemán de José Gaos, séptima reimpresión, *Revista de Occidente*, Madrid, 1967, 512 pp.

el tema de la experiencia histórica sublime como algo que permite sentir, palpar el pasado, algo que no es un *ser ahí*, pero que provoca la necesidad de recrearlo, más que reconstruirlo. Participa de la noción de *vivencia* (*Erlebnis*) diltheyana, pero no es exactamente lo mismo; se trata de una suerte de revelación, podría tratarse del *acto heurístico*, lo cual nos lleva a un

paréntesis obligado.

Cuando Ambrosio Velasco llamó mi atención en torno a la heurística atendí a la connotación que a este vocablo dan los filósofos. A su vez, Velasco se percató de la que los historiadores utilizamos como nuestra.³ Como expongo en mi contribución a su libro, con base en algo tan elemental, pero no por ello indigno, esto es, el *Diccionario de la Real Academia*, heurística tiene en español dos acepciones: “arte de inventar” y “busca o investigación de documentos o fuentes históricas”.⁴ Si bien Johann Gustav Droysen sustancia la idea de heurística en su segunda acepción, su punto de partida es la pregunta investigante, esto es, la ocurrencia, el porqué del tema a investigar. Esa pregunta es el acto heurístico, que puede emparentarse con la experiencia histórica sublime de Ankersmit, aunque no se trate exactamente de lo mismo. Por ello hice referencia a una interpretación heterodoxa, solamente en la parte en la que ejemplifica con Huizinga y no en la totalidad del andamiaje teórico que construye.

El caso es que toda historia tiene su historia, como también la tiene cada novela. La pregunta investigante del que aborda un texto historiográfico o una narración se dirige a interrogar cuál fue la pregunta que movió a un historiador o a un escritor a trabajar en su libro o, si no hay una pregunta, qué fue aquello que los movió a realizar una obra, cuál fue su inspiración, si se puede todavía hablar de ello. Finalmente, la heurística es arte de inventar y trabajo a sustanciar. Las dos acepciones se conjugan en una sola acción que tiene su principio en la primera y su desarrollo en la segunda.

Tanto *La feria* como *Pueblo en vilo* son producto de sendas experiencias pueblerinas. De no haberlas tenido sus autores, los libros no existirían. Esto parece dar la razón a Muriá, ya que la ajenidad no hubiera posibilitado la escritura de esas dos piezas maestras de sus respectivos géneros, cuyos universos son Zapotlán y San José de Gracia. En este sentido, lo afirmado puede ser una obviedad, pero resulta fundamental subra-

³ Ambrosio Velasco Gómez (coordinador), *El concepto de heurística en las ciencias y las humanidades*, Siglo XXI Editores-Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2000, 255 pp.

⁴ Álvaro Matute, “Heurística e historia”, en *ibidem*, p. 149.

yarlo, por todo lo que tienen de fondo común los dos autores, además de los dos libros. También obra el factor nostálgico, las idas y venidas de los dos autores a sus pueblos en constante cotejo con lo que para ellos fue la esencia pueblerina y cómo se va perdiendo con el tiempo. Para dar lugar a la recreación era necesario establecer distancia —ahora se le puede dar la razón a Martínez Assad— y contemplar

los pueblos desde París.

Si se me permite la anécdota, la última vez que vi a Juan José Arreola fue cuando le impusieron a Luis González el doctorado *honoris causa* en la Universidad de Guadalajara. No es algo gratuito. Siete años mayor el jalisciense que el michoacano, si se toma el corte 1910-1925 como parámetro, los dos pertenecen a la misma generación. Lo mismo ocurriría si se tratara de 1915-1930. Sólo si se hablara de 1905-1920 y 1920-1935, ya no. Pero el trazo de las fechas no está exento de arbitrariedad, por lo cual abundar en los rasgos comunes que comparten Arreola y González es lo más digno de ser tomado en cuenta. Nacidos en sus respectivos pueblos (septiembre de 1918 y octubre de 1925), pasan su infancia en ellos, pero sufren expulsiones. La de Arreola es voluntaria, frente a la obligada de don Luis. Mientras el de Zapotlán llega hasta la capital de la República, el josefino —al principio— sólo a Guadalajara, ciudad compartida por ambos, además de la amistad con Antonio Alatorre, aunque en momentos diferentes. El caso es que ya los dos en México comienzan a universalizar sus culturas literaria e histórica, de manera que los dos llegarán a la ciudad del Sena donde cada quien alternará con los dioses mayores de sus respectivas actividades como Louis Juvet y Jean-Louis Barrault o Fernand Braudel e Irénée Marrou, es decir, lo más representativo del teatro y la historia.⁵ ¿Podríamos comparar los trabajos anteriores al cruce del Atlántico de ambos autores? ¿Digamos *Hizo el bien mientras vivió* y *El optimismo nacionalista como factor de la Independencia*? Los dos textos apuntan al regionalismo, más el primero que el segundo, pero éste, por tratarse de la independencia tiene su sede en Guanajuato, más que en la Ciudad de México. Los artículos de don Luis y los cuentos de Arreola presentan a dos prosistas que se entienden a la perfección con sus len-



Luis González y González

guajes. Por los años que se llevan, Arreola alcanza su plenitud en *Confabulario* y *Varia invención*, González en *El hombre y la tierra* y *El subsuelo indígena*, que ocupan la mayor extensión del tomo dedicado a la *República restaurada. Vida social de la Historia moderna de México*. En esos trabajos los dos narradores del occidente mexicano se elevan a las respectivas alturas en las que deben ser ubicados.⁶

Arreola y González, pueblerinos cosmopolitas, compartían el tener una idea universal de la literatura y de la historiografía, por lo aprendido y leído en México y Francia, donde frondosos árboles les dieron sombra y habían ejercitado sus respectivas armas expresivas. Los dos, por cierto, trabajaron en El Colegio de México. Mientras llegaban de regreso a sus *matrias* por vía de la escritura, ambos ejercieron un generoso magisterio en el que formaron escritores e historiadores que jamás ponen en duda la enorme deuda contraída con ese par de mentores. Así, cinco años habrían de mediar entre la publicación de *Pueblo en vilo*, que apareció al finalizar 1968, y

La feria,

libro, como ya se dijo, cuya edición original data de 1963. La reciente aparición de *El último juglar. Memorias de Juan José Arreola* editado por su hijo Orso Arreola,⁷ he-

⁵ El viaje de Arreola (1945-6), en Orso Arreola, *El último juglar. Memorias de Juan José Arreola*, Editorial Jus-Universidad de Guadalajara, México-Guadalajara, 2010, 420 pp. [La primera edición es de Editorial Diana, 1998], pp. 234-257; el de Luis González (1951-2), en Jean Meyer (coordinador), *Egohistorias. El amor a Clío*, Centre d'Études Mexicaines et Centreaméricaines, México, 1993, 232 pp., pp. 57-81 y en Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort, *Historiadores de México en el siglo XX*, Fondo de Cultura Económica-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1995, 558 pp., pp. 367.

⁶ El caso de don Luis González ofrece alguna complejidad. Es relativamente evidente que *El hombre y la tierra* no fue debidamente valorado como sí lo fueron los dos libros de Arreola, por la sombra que le hacía el haber sido publicado como parte de la *Historia moderna*, ya que don Daniel Cosío Villegas, como es natural, acaparaba todos los reflectores.

⁷ Orso Arreola, *op cit.*

cho a base de fragmentos autobiográficos y diarios, recupera a un Juan José de cuerpo entero. Aparte, y por eso mismo, da claves muy ricas para emprender la lectura de *La feria*. En principio, el amor materno. En lugar de tener el nombre patriótico de Ciudad Guzmán, debería rebautizarse al lugar con el nombre de Zapotlán de Arreola. Si había dudas acerca de su fijación con Zapotlán, en *El último juglar* quedan disipadas. Ahora bien, Orso Arreola recupera los diarios de su padre, que lo ligan a la tierra donde estaba y a la tierra que evoca, a la presente y a la ausente. En ellos está la historia de los amores juveniles de Juan José. Los fragmentos de *La feria* en que son evocados, habían sido escritos décadas antes de la breve novela. Ésta, a decir de su autor, “recupera cuatro o cinco series: las labores agrícolas, la lucha por la tierra, las veladas de los miembros del Ateneo, las confesiones del niño, los amores del joven poeta”,⁸ que no es otro sino él mismo, que se planta frente a la escuela de corte y confección a esperar a que su amada le

⁸ En Emmanuel Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana*, 2a. ed., Ediciones El Ermitaño-Secretaría de Educación Pública, México, 1986, 578 pp., p. 485.

dé la respuesta anhelada. Eso sucedió en la vida real y eso se cuenta en la novela. Alrededor de ellos gira la microhistoria de Zapotlán integrada por las voces, si no de los treinta mil habitantes, sí de un buen número de sus representantes.

Estilísticamente, Arreola se transforma y sigue fiel a sí mismo. Renuncia al relato “puro y extendido” —en sus palabras— para atomizarlo en breves fragmentos, algunos de los cuales apenas sobrepasan la página impresa. La editorial Joaquín Mortiz tuvo el acierto de separarlos con pequeñas viñetas de Vicente Rojo, las cuales se integraron plenamente al texto. Si el lector quiere tener una idea de la historia de Zapotlán, *La feria* le ofrece una visión impresionista-puntillista. Cuenta con el gran marco temporal que se remonta al tiempo de la conquista de los tlayacances y de ahí parte el asunto del despojo de la tierra a los habitantes originarios y se desprende la lucha por su reivindicación, que nunca llega. Por cierto, el haber compartido en el siglo XVI la provincia de Ávalos hace paisanos a los dos escritores. Si la acción se ubica en el siglo XX posrevolucionario, no son ajenos a ella los elementos de *larga duración* ahí colocados. Entonces el cuentista Arreola recupera su estilo que lo emparenta con Borges y Julio Torri, a la vez que traza una historia colectiva cuyo nexo común es territorial. Sus personajes son la gente de ahí, que se involucra en la dinámica de un pueblo al que se le va la vida en celebrar a su santo patrono, por cierto San José, lo que da otro aspecto común con el espacio michoacano de don Luis González. La autenticidad histórica de Arreola se manifiesta en su idea de que “la percepción fragmentaria de la realidad es la que mejor se acomoda a la índole profusa y diversa de *La feria*”.⁹ Además del esfuerzo que presupuso recuperar el lenguaje de la gente, el lenguaje escuchado en su niñez, en un pueblo donde aprendió de memoria, antes de saber leer, “El Cristo de Temaca”, del padre Alfredo R. Plasencia, *La feria* tiene su heurística en la acepción de los historiadores. Le relata a Emmanuel Carballo:

... les pedí a dos o tres que me escribieran algo de lo que les había pasado (por ejemplo las noticias sobre los tlayacances), y pude utilizar algunos de sus escritos casi textualmente; también me serví de trozos de cartas y de párrafos enteros del periódico local. Me produjo una gran alegría ver que la realidad y la fantasía se confunden a tal grado que yo mismo no puedo fijar sus límites. Aquí mismo conviene aclarar que también me serví de documentos antiguos, de pasajes bíblicos y de los evangelios apócrifos. El propósito de estas inclusiones es dar un trasfondo histórico a los hechos y a las palabras actuales.¹⁰

⁹ *Ibidem*, p. 485.

¹⁰ *Ibidem*, pp. 485-486.



La feria es, con mucho, una microhistoria de Zapotlán entramada como novela, sustanciada como historiografía, compuesta a base de múltiples fragmentos en los que aparecen y desaparecen los personajes que le dan cuerpo al relato y que son resultado de un cotejo entre imaginación y realidad. En su conversación con Carballo expresa que a pesar de la veneración por Zapotlán y sus paisanos, por la *matria*, sucumbe ante la ironía. Así como los amores no terminan correspondiéndose, los agraristas no ven la tierra; la novela culmina con el incendio del castillo en el que estaban puestas todas las expectativas de la magna celebración del santo patrono con la coronación de la Sagrada Familia. La única que llegó a la plenitud fue Concha de Fierro, que perdió su condición metálica, gracias al matador Pedro Corrales. A partir de ahí cambió su vida. El pueblo, en cambio, siguió inmerso en un movimiento cíclico de la historia. El esfuerzo colectivo quedó reducido a cenizas y pavesas, pero ése no fue el final de la historia. Éste queda abierto para dar lugar a un nuevo curso viquiano. Zapotlán, al igual que San José de Gracia, es un

Pueblo en vilo.

Zapotlán y San José de Gracia comparten muchas cosas por pertenecer a Occidente, es decir, a la misma región. Las percepciones de los autores de sus respectivas microhistorias les otorgan muchos rasgos comunes que los hacen semejantes, pero sin perder cada uno su individualidad. Los libros, pese a sus parentescos, genéricamente son distintos. En ello estriba la principal diferencia. Luis González está comprometido con la continuidad, mientras que Arreola se puede permitir el recurso puntillista, sin que ello le lleve a renunciar a la larga temporalidad, pero también se permite ser selectivo. Por ejemplo, la guerra cristera está ausente en sus páginas, mientras que en *Pueblo en vilo* es un suceso central. ¿No hubo cristiada en Zapotlán? Claro que sí, pero Arreola no le da su lugar en *La feria*. En la novela se gana un pasaporte a la selectividad; la historia se obliga a recuperar de manera íntegra el curso completo, sobre todo si se trata de la historia de un espacio reducido como el de San José de Gracia. Pero los dos libros tienen un punto de partida común: van de lo macro a lo micro, es decir, de algo tan general como la conquista de la Nueva Galicia u Occidente a la individualidad de sus pueblos. El caso del michoacano, que es de Michoacán por pocos metros, el viaje de lo macro a lo micro abarca mucho tiempo-papel. Se llega al pueblo hasta la página 115, después de cuatro capítulos. La historia de San José abarcará los nueve restantes, para llegar a la página 353, es decir, hay que recorrer un 30 por ciento, mientras que *La feria* puede comenzar *in medias res* subrayando una

suerte de continuidad esencial zapotlaneca, frente a la historicidad josefina.¹¹

Los primeros capítulos no son microhistóricos. Su objeto es definir la región o conducir al lector hacia la construcción de una región que es hacienda de unos y luego de otros y que a la postre se irá definiendo con sus asentamientos de población como ganadera lechera. Por la zona ocurren ecos de los acontecimientos nacionales que perturban a los habitantes que ven pasar la metátesis de Jucumatlán a Cojumatlán sin aspaviento alguno. Por fin, ya en el país porfiriano, sucede la fundación del pueblo. La microhistoria va dándose conforme avanzan las páginas hasta llegar a manifestarse en plenitud. Antes fue macrohistoria, bien llevada por los influjos *annalistas* aprendidos en François Chevalier sustanciados en toda la parafernalia archivística que hubo menester.

Ya en el campo microhistórico, al igual que Arreola, Luis González quiso recuperar algo fundamental: el lenguaje del pueblo. Los dos tenían oído fino y memoria, además de que regresaban constantemente a visitar a sus padres y parientes. Don Luis dice que vacacionaba en San José, porque iba acorde con su salario de académico; realmente regresar a la *matria* lo fortalecía, al igual que al autor de *Confabulario*. No fue solamente el lenguaje escuchado en la infancia, sino además, su continuidad. La lengua de los padres. En esa lengua recogieron testimonios y se la reprodujeron a escuchas de ambos lugares. Sus *modi operandi* no difirieron en mucho. Sobre el lenguaje de *Pueblo en vilo*, la siguiente cita es conveniente:

Rafael Segovia advirtió que el estilo personal y coloquial resultaba agresivo [...] Señaló que parecía un remedo de obras como *La feria* de Juan José Arreola y otras [...] Daniel Cosío Villegas, con la impaciencia que a veces —las más— le caracterizaba, dijo que ya era tiempo de escuchar al doctor Gaos, quien se apresuró a decir: “La primera recomendación que le hago es que no cambie ni una coma. El estilo nos pone en contacto con San José de Gracia; sin el estilo lo perderíamos, nos iríamos a cualquier comunidad aldeana de cualquier parte”.¹²

El propio González rememora que Antonio Alatorre defendió su lenguaje, lo que, junto con la opinión de José Gaos, le da carta de naturaleza al libro en el orden estilístico. Años después, Rafael Segovia entonaba un sincero *mea culpa*. Por otra parte, es interesante que hiciera referencia a *La feria*, libro que al igual que *Pedro*

¹¹ Utilizo la primera edición de Luis González, *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, El Colegio de México, México, 1968, 365 p.

¹² En María Eugenia Arias Gómez, “Fruto de una tradición”, en Evelia Trejo y Álvaro Matute (editores), *Escribir la historia en el siglo XX. Treinta lecturas*, Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2005, 589 pp., p. 331.

Páramo y *Al filo del agua* figura en la bibliografía general, al igual que esa curiosa recreación de la vida pueblerina hecha por el caricaturista Rius, *Los supermachos*.

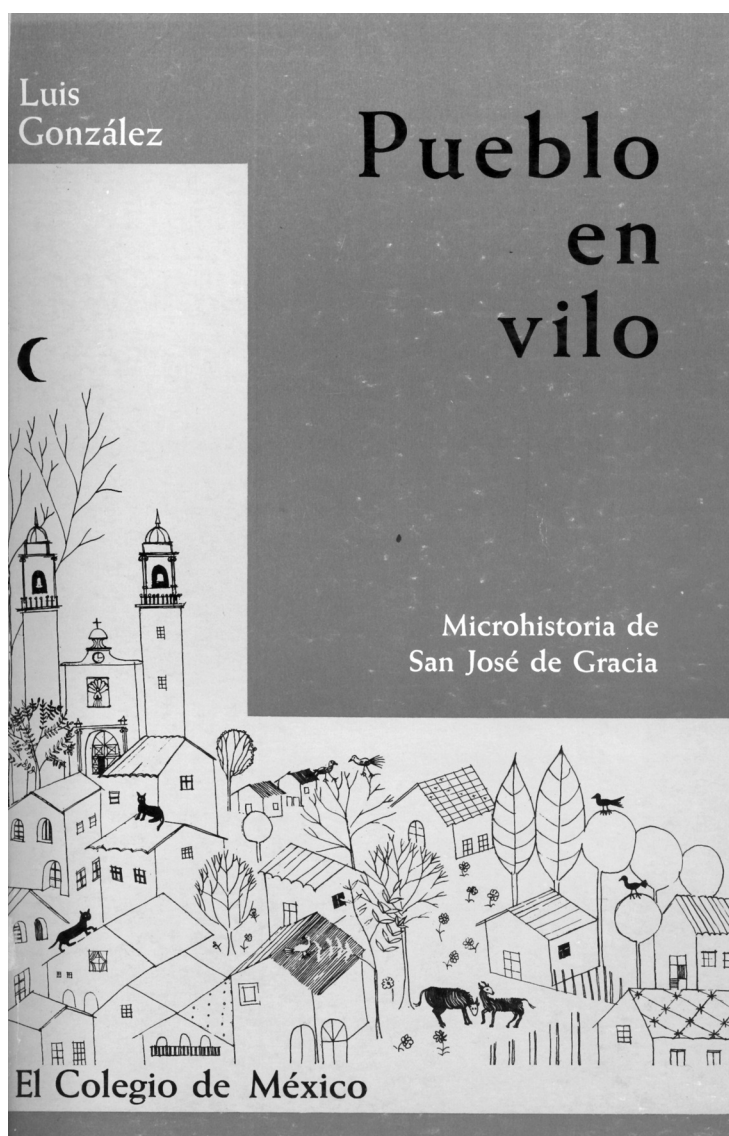
Del lenguaje se va al tema de la autenticidad histórica. De hecho, lenguaje y autenticidad histórica se dan la mano. El uno garantiza la otra. Recuerdo que en un trabajo escolar una alumna reprochaba que la obra estuviera basada en muchos testimonios orales, provenientes de la parentela del autor. Por tratarse de una estudiante de tercer o cuarto semestre de la licenciatura, manifestaba la ortodoxia aprendida en sus cursos de metodología. Tal vez entonces no se había reflexionado de manera suficiente en la oralidad que antecede la producción de fuentes escritas ni en el valor de la memoria colectiva que más tarde, tras la fuerte presencia de los antropólogos en la producción historiográfica, adquirió legitimidad. Hoy en día, gracias a libros como *Pueblo en vilo* y *La Cristiada* de Jean Meyer, el sustento oral quedó bien establecido. La oralidad constituye la base fundamental de la escritura historiográfica y justamente el libro que nos ocupa es una de las mejores muestras del tema. Haberlo hecho en 1966 además de arriesgado resultó innovador. Don Luis debe de haber vivido agradecido

por la longevidad de tantos josefinos y por la privilegiada memoria de sus padres. Antes, en las páginas macrohistóricas, da muestra de su probidad en cuestiones de historia documental. Años más tarde elaboró el mejor tratado mexicano de metodología, *El oficio de historiar*.

Tanto en las partes macro como microhistóricas, el maestro González hace gala de su enfoque generacional. Pocos como él lo logran con tanta plenitud. Desde el siglo XVII es capaz de no perder de vista la sucesión, aunque sea en planos demasiado grandes. Y cuando se estrecha el espacio, logra una continuidad que da sentido a la sucesión. Para ejemplificar, las generaciones de la aurora boreal y la de la nevada: cada una tiene su identidad y le imprime al ámbito josefino un significado particular; lo mismo sucede con el resto, especialmente en las desgracias ocurridas a San José con la Revolución y la guerra cristera. Don Luis proyecta una sensación muy pueblerina, en el sentido de estar mejor cuando los de fuera están lejos y no irrumpen en la vida propia. Era mejor leer en *El País* de Trinidad Sánchez Santos lo que pasaba en otros lados y vender sus productos lácteos a la capital que padecer los embates del huertismo, el constitucionalismo, el villismo y el bandolerismo, para rematar con la pandemia de 1918. Y después de un respiro, el callismo solivianta los ánimos josefinos y el pueblo ofrece reclutas espontáneos para defender a Cristo Rey. Años difíciles.

Para el momento en que es escrito el libro, plantear el binomio revolución padecida/cristiada insurgente era una heterodoxia historiográfica. Por una parte, revela la madurez de un historiador que, tras haber aprendido la historia nacional con José Bravo Ugarte, y haber dado un vuelco hacia la historia oficial de izquierda, que lo hicieron aparecer rojo ante opiniones conservadoras, construye su propia posición.¹³ Con muchas horas de vuelo posteriores, logra la autenticidad histórica al comprometerse con los sujetos de su narración. No era habitual antes de 1968 ofrecer un planteamiento de esa naturaleza, salvo en las obras que publicaba la editorial Jus. A partir de ese momento es un académico probó el que entrama como tragedia la Revolución, por verla desde el mirador de quienes la padecieron, y el haber dejado a los cristeros en la frustración tras los arreglos de 1929 y constatar la destrucción sufrida por San José. A partir de ahí, el entramado trágico se supera gracias al ánimo reconstructivo. Por esa experiencia, posteriormente don Luis llegó al concepto de los *revolucionados* con el que subraya la ajenidad de la población ante el embate de los revolucionarios. Un avance historiográfico en el momento, que deja herencia al revisionismo que ya se gestaba y del que resulta precursor. ¿Lo inventa o lo des-

¹³ Esto expresa don Luis en Florescano y Pérez Montfort, *op. cit.*, p. 364.





San José de Gracia, Michoacán

cubre? Lo primero, por dar sentido a los hechos; lo segundo, por recuperar la voz de los pacientes.¹⁴

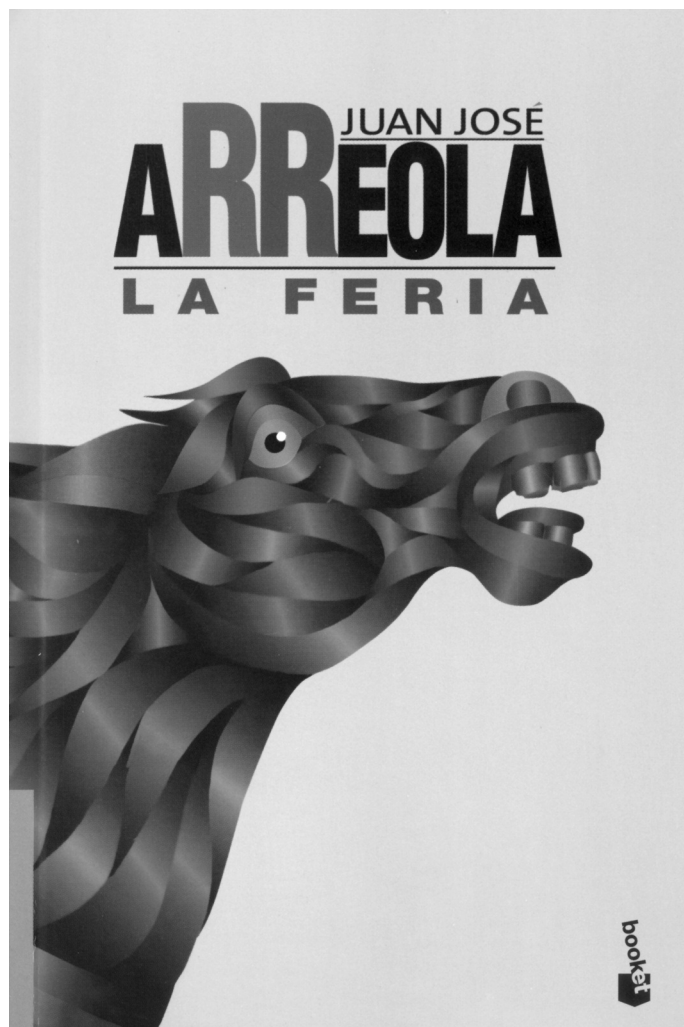
En tanto historia del pueblo, la de San José, como la de Zapotlán, hace pensar en el movimiento cíclico. Ave fénix que renace de sus cenizas, literalmente. De manera contrafactual, puede pensarse en que al final de 1918 o hacia 1930, San José de Gracia pudo haber terminado sus días, abandonado e incendiado, de no ser por el empuje de sus habitantes, que prácticamente lo refundaron. Las cifras de población en las que don Luis compara la situación de 1910 con la de c.1940 son estáticas debido al elevado número de ausentes. Sin embargo, el renacimiento auspiciado por el padre Federico González Cárdenas, que aprovechó el medio siglo de vida del pueblo, le infundió paz y concordia, tanto entre los josefinos como entre ellos y el gobierno, al propiciar la única visita presidencial realizada por Lázaro Cárdenas, prácticamente paisano. La reflexión que coloca don Luis al respecto de la integración negativa del lugar con la historia de México, apoyado en una reflexión lúcida de Jean Meyer, es exacta: a fuerza de sufrimiento San José de Gracia se mexicanizó, revolucionado y agrarista. Esto último, otra imposición que viene del centro o de arriba, como se quiera, deja su última secuela de violencia,

aunque disminuida con respecto a las anteriores experiencias y termina otorgándole un perfil. El declarar que la propiedad debía ser considerada de agostadero, la labor del padre Federico y el general Cárdenas hacen lo suyo para que sobrevenga la paz, además de los nuevos tiempos que inicia el país con Manuel Ávila Camacho.

Para contar la parte agrarista de la historia, don Luis hace gala de su dominio historiográfico al colocarse en medio del mirador. Simpatiza con los desposeídos y comprende la razón que asiste a los reacios al reparto y la colectivización de la tierra, los auténticos propietarios. Sólo reprueba al sector terrateniente que de conservador pasa a reaccionario. No hace concesiones ideológicas para contar cómo se dio la última tensión mayor de la historia josefina.

Viene después la etapa contemporánea, de la que el autor es testigo y la narra con la conciencia de serlo. De ahí un relato fluido apenas interrumpido por escasas notas al pie, donde los aspectos cotidianos y educativos de los josefinos de arriba y de abajo cobran la mayor relevancia y proyectan su esencia pueblerina. La contemporaneidad se equipara con la comunicación. La carretera que lleva y trae. Durante su construcción acarrea empleo alternado con descanso étlico y compañía de mujeres que antes no estaban ahí y que introducen enfermedades venéreas. También trae, desde luego, bienes de consumo que los josefinos compran. El cine sirve para ilustrar usos y costumbres deseables. Lo que la carretera se lleva es brazos, principalmente a Estados Unidos, en alto porcentaje, y también a la Ciudad de México, la que ofrece expectativas diferentes a las del universo cerrado que asfixiaba a los más jóvenes. Don Luis jamás pierde la perspectiva generacional. El éxodo vuelve a propiciar cierto estancamiento demográfico.

¹⁴ Cuando aparece *Pueblo en vilo*, el único libro académico sobre la guerra cristera era el de Alicia Olivera Sedano, *Aspectos del conflicto religioso de 1926 a 1929. Sus antecedentes y consecuencias*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1966, 292 pp. El libro se originó en una tesis presentada en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, dirigida por el doctor José Miranda. Tuvo como base el archivo de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa. El capítulo VIII de *Pueblo en vilo* bien puede ser el segundo tratamiento académico del tema. Por ese tiempo, Jean Meyer avanzaba en su investigación, cuyo resultado presentaría en 1969 en la Universidad de París.



El libro concluye con una caracterización, más que confrontación entre los de arriba y los de abajo. Con sus características, su identidad, su personalidad propia, los josefinos son michoacanos y mexicanos, a veces a pesar suyo, a veces con convicción. Siempre en vilo.

Recupera de manera más plena la cotidianidad, que le permite advertir el proceso de modernización material frente a una fuerte tradición espiritual, la cual también se ve afectada por el proceso al que ya no puede sustraerse. El buen antropólogo que fue don Luis desde *El subsuelo indígena* siempre está presente en el libro, pero de manera más frecuente en las últimas páginas, avanza hacia un final abierto que va más allá del hecho de que San José abandonó su condición de ser parte de la tenencia de Ornelas para convertirse en el municipio Marcos Castellanos, cura insurgente que anduvo por ahí. Nuevamente el lenguaje da las pautas. Con repertorios de palabras expresa una historicidad que manifiesta la aceleración de los tiempos. Suceden presidentes, gobernadores, funcionarios, pero lo importante es la gente, verdadera protagonista de la historia que se narra en *Pueblo en vilo*, la que vive en vilo el pueblo.

La experiencia pueblerina de Arreola y González los llevó a recrear la experiencia pueblerina de Zapotlán y San José de Gracia; los unos para las otras. Como libros, los dos tienen un significado especial en la trayectoria de sus autores. *La feria* muestra que Arreola sí podía ocuparse de lo suyo, podía ser de su tierra y lograr una novela como totalidad narrativa. El caso de Luis González es diferente: para él marcó, más que un cambio de rumbo, una definición. No se malentienda; no pasó de historiador a microhistoriador, siguió siendo lo primero, y con más argumentos, al demostrar la posibilidad de universalizar un objeto de proporciones demasiado acotadas. Logró elaborar una de las obras historiográficas más plenas del siglo XX, cuyo contenido revolucionó muchos ámbitos: abatir el dogma de la hiperdocumentación, al dotar al recuerdo de una dimensión que la tradición académica había desdeñado; eliminar la idea de que lo nacional condiciona lo local, sino que la historia de una experiencia colectiva tiene un desarrollo propio que alterna, incorporando y desechando, lo que se pretende imponer y, sobre todo, independizar el proceso histórico de toda imposición al mostrar cómo se le padece o se le rechaza. A partir de *Pueblo en vilo*, no sólo reflexionó sobre la historia local, sino que también lo hizo sobre la historia general y pudo oponer la *matria* a la patria, estimular microhistorias para *multiméxico*, y ofrecer a la postre el concepto de *los revolucionados*, es decir, mostrar la revolución en una faceta que se padeció, pero que era políticamente incorrecto conceptualizarla de esa manera. Dos grandes libros vivos, uno con medio siglo a cuestas y el otro, con sólo un lustro menos. **u**

